
La vida cotidiana, el trabajo, la política

Francisca Pérez

No me resulta nada fácil ordenar una reflexión sobre lo que llamamos las estrategias feministas o la política feminista; el título escogido, sin embargo, me evoca una descripción interesante, que me parece que alude, justamente, a los espacios en el interior de los cuales se ha ido constituyendo una acción de mujeres, en el sentido de la generación y articulación de discursos y lugares de posicionamiento político; en otras palabras, me parece que si intentáramos hacer un mapa de la acción que las mujeres desarrollan como sujetos sociales, podríamos configurarlo a partir de estos espacios: *la vida cotidiana*, a partir de cuya reflexión, cuestionamiento y politización se han desarrollado discursos técnicos y políticos que intentan proponer visiones y representaciones distintas, como en el caso de las redes temáticas que hoy existen en nuestro país: el foro abierto de salud y derechos sexuales y reproductivos, la red chilena contra la violencia doméstica y sexual; *el trabajo*, espacio social en el interior del cual se han forjado lugares de mujeres —de los cuales provenimos muchas de las que estamos aquí—: las ONG, los programas académicos, algunas instituciones culturales o de comunicación que se han planteado como perfil y objeto de trabajo a las mujeres; *la política*, aquel lugar fantaseado de poder, de influencia, de determinación, es decir, el estado, al que han accedido mujeres que también intentan desplegar una mirada y un discurso de mujeres.

Sin embargo, ¿estamos siempre hablando de las mismas mujeres? ¿Somos, estas mujeres, algo que podamos nombrar como uno? ¿Somos, acaso, el sujeto social que hemos supuesto para el despliegue de esta acción? En otras palabras, este mapa ¿da cuenta de un territorio administrado por nosotras mismas? Me parece que no. Más aún, me parece que hoy cada uno de estos espacios (vida cotidiana,

trabajo y política) y, en su interior, los distintos enclaves existentes (cada red, cada ONG o grupo de ellas, cada lugar político) no se encuentran ni en un diálogo, ni en una propuesta común, ni en los mismos intereses ni —mucho menos aun— en la posibilidad de una representación común.

Creo, por otra parte, que se trata de un diagnóstico compartido, que se ha expresado en la dificultad de llegar a un momento como éste (o, por ejemplo, en los análisis que nos llevaron a no asumir o formar parte en la organización del Encuentro Feminista).

Me gustaría, en consecuencia, intentar reflexionar sobre este fenómeno, que podríamos nombrar, tentativamente, como *la diversificación de posicionamientos políticos de las mujeres en acción, y la crisis de la representación*. En particular, me parece que hay dos contextos en el interior de los cuales podemos encontrar ciertos elementos que ayuden a esta discusión: la dimensión histórica del feminismo y el momento político más global en que nos situamos hoy.

a. Una mirada del feminismo

La historia del movimiento de mujeres en Chile es larga; desde los clubes de lectura de señoras y las mujeres de las salitreras a fines del siglo pasado y principios del presente se fue articulando en nuestro país una presencia pública femenina. Estuvo centrada, sobre todo en sus inicios, en un afán reivindicativo ligado a la idea de igualdad y equidad; es así como se desarrollan las luchas de las mujeres en el campo del trabajo y la educación, exigiendo condiciones paritarias para el desempeño de sus funciones, y luego la gesta sufragista, que culminó con la obtención del voto en el año 1949.

Este movimiento por la igualdad, no obstante, se ha ido urdiendo, desde hace más de un siglo, al amparo del deseo o el fantasma de la diferencia: realizar esta política desde una ética y un modo de organización particular, aquello de “las nuevas formas de la política”, consagrado ya por el Partido Cívico Femenino a principios de este siglo, y tan productivizado por nosotras mismas en las últimas décadas.

¿En qué consisten estas nuevas formas de hacer política? ¿Acaso hemos desarrollado una nueva ética del poder? ¿Nuevas alianzas? ¿Lenguajes y códigos diferentes?

Ha habido un intento: “lo personal es político”, “democracia en el país y en la casa”, la politización de la sexualidad y las relaciones familiares, por ejemplo, se han constituido como propuestas a partir de las cuales hemos logrado ciertos espacios e intervenciones que, sin duda, modifican nuestras vidas cotidianas y son importantes; es importante una ley de violencia intrafamiliar, sería importante una ley de aborto. Sin embargo, si dejamos de mirar al estado, a la ley, y nos miramos entre nosotras, ¿contamos con una ética diferente? ¿Nuevas alianzas? ¿Nuevos lenguajes?

Hoy, que la presencia colectiva de las mujeres es más difícil de identificar, no obstante nuestras demandas y preocupaciones, o al menos algunas, parecieran estar presentes en el mundo público, ¿qué ha pasado con estas propuestas? ¿Hemos logrado introducir elementos de cambio en la política nacional o hemos retomado las arenas tradicionales frente a la imposibilidad de legitimar otros espacios autónomos, diversos?

Según Julieta Kirkwood, “las mujeres hemos heredado una historia política que implica ideas, acciones y organizaciones constituidas por el poder y la cultura masculina y en sus términos [...] lo que incluye desde las formas de lenguaje y la expresión de contenidos hasta las formas de organización que se van a considerar posibles y apropiadas”.

Tomo estas palabras porque parecen aún hoy totalmente vigentes. Las mujeres que estamos aquí, y las que hemos hecho movimiento, provenimos de una tradición política que ha marcado y ha ordenado profundamente nuestro quehacer, lo que se expresa, por ejemplo, en este momento de desarticulación: los conflictos de poder que no han podido ser resueltos desde otra ética (en las crisis de las ONG, en las competencias por los financiamientos, en los lugares de poder que las mujeres tienen hoy); la fragilidad de las alianzas, marcadas por una estrategia que sigue mirando al estado y la política formal como espacio privilegiado, olvidando e invisibilizando los lugares que desde la propia sociedad han ido emergiendo como poder de las mujeres.

En otras palabras, creo que transitamos entre una particularización de la acción de las mujeres que se circunscribe a la tematización (sexualidad, el trabajo de las mujeres, la violencia doméstica, etc.) en lo privado o en lo-de-las-mujeres, y una imposibilidad de elaborar esa particularización como propuesta organizativa, ética, política.

¿Es necesario seguir atrapadas en ese fantasma, en esa pretensión que hasta ahora ha sido imposible?

b. Las mujeres y la representación

Me parece necesario, por otro lado, contextualizar esta reflexión sobre estas políticas feministas, en el marco de lo que es el espacio político en su conjunto hoy, en la medida en que desde esta perspectiva surgen elementos que pueden resultar relevantes para la generación de una mirada reflexiva y crítica.

En particular, me interesa señalar el problema de la representación (representatividad), como un fenómeno que, habiendo sustentado el desarrollo de diversos proyectos, globales, utópicos o progresistas, se enfrenta a una crisis aguda. Los datos son múltiples y no es necesario señalarlos (la disminución de las inscripciones electorales, especialmente en los jóvenes, por nombrar uno); todo indica que el mecanismo clásico, tradicional, que ha sustentado una idea de lo que podría ser el ejercicio ciudadano, a través de la delegación de voluntades e intereses en determinados espacios o actores sociales, constituye hoy un recuerdo nostálgico.

Haciendo un poco de memoria, me parece que podemos situar esta lógica de la representación en el contexto de los discursos políticos que se articulan a partir de las grandes contradicciones y, por lo tanto, de las grandes homogeneidades que permiten la identificación de sujetos sociales: la clase y los intereses de clase, la dictadura *vs.* la democracia. Desde esa lógica, efectivamente, fue posible la representación, y así ocurrió con los partidos políticos, y así ocurrió con el propio movimiento de mujeres, o así, al menos, fue posible creerlo: éramos Una contra la dictadura, éramos Una contra el capitalismo y, a través de ello, éramos Una contra el patriarcado. Hoy, en cambio, que no hay nada tan claro en oposición a lo cual constituirnos como una, hemos dejado de ser Una. Más aún, nunca hemos sido Una en realidad, y eso se muestra hoy; y no estoy hablando de la diversidad en un sentido metafísico o esencial o inoperativo; estoy hablando de las diferencias que nos sitúan en diferentes lugares políticos en el interior de los mismos espacios que hemos señalado (la vida cotidiana, el trabajo, la política) y de los diferentes aspectos del quehacer político (las alianzas, las concepciones de poder, los lenguajes), y

ninguno de éstos es patrimonio o característica del ser mujer; ¿cómo, entonces, a partir de alguno de ellos, podríamos pretender la representación de la(s) mujer(es)? ¿o es que habrá alguno lo suficientemente amplio que aún no se ha constituido y que nos permita caber a todas para reconstruir esta representación, este movimiento?

El concepto de representación puede remitir, por otra parte, a la idea de que exista la posibilidad de un lugar social que exprese un interés imaginable, que sea común al conjunto de los sujetos representados, la clásica concepción del estado burgués (no se me ocurre otro término); es decir, la negación del conflicto que emerge en el momento mismo en que se encuentran dos sujetos; desde la pareja hasta el estado, y entre ellos los movimientos sociales, evidenciamos cada día la imposibilidad de realizar esta pretensión de representación. Sin embargo, me parece que se trata de una añoranza que aún se sitúa entre nosotras, quizás nuestro segundo fantasma.

Lo grave, me parece, es que este efecto fantasmático no es menor: se expresa en la imposibilidad de dialogar y pactar efectivamente, para usar las palabras de Cèlia Amorós. Así, cuando estamos pretendiendo hacer movimiento, ¿lo estamos pretendiendo para nosotras mismas o para aquellas que nos parece que estamos representando? ¿Somos los sujetos de nuestras propias propuestas, políticas, investigaciones?

Salir del estrecho marco de la representatividad nos permitiría, quizás, situarnos en la "presentividad", en el presente y en la presentación, en el comenzar a presentarnos en esta manoseada diversidad.

En otras palabras, quizás es posible salir del trauma de la crisis del movimiento a partir del reconocer que hoy no estamos aquí como representantes de un discurso político, sino como mujeres con discursos políticos, y que es en torno a éstos que podemos intentar un diálogo, un discurso, un pacto.